SIN AIRE

Las noticias últimamente no dejaban de atemorizar. Cuando una se sentaba a la hora de comer y comenzaba a ver los informativos, no podía evitar que un pequeño escalofrío le recorriera la espalda. Eso me llevó hace tiempo a plantearme adquirir una mascota que me pudiera proteger. Finalmente opté por comprarme un perro de la raza Doberman, y esa decisión me salvó la vida aquella tarde.

Cada día llegaba sobre las seis a casa y, mientras introducía la llave en la puerta, comenzaba a escuchar cómo Tom, mi querida mascota, arañaba la puerta... ¡Se ponía histérico! Llegué a pensar que estábamos interconectados. A veces, mientras bajaba del coche, ya se le oía golpear con sus pezuñas. Daba la impresión de que tenía un sexto sentido para adivinar mi llegada. Por eso me extrañó que aquella tarde no se le escuchara. Estaba convencida de que algo no iba bien.

Abrí más rápido de lo habitual la puerta y comencé a llamarlo: «Tooommmm!... ¡Toooommm! ¿Estás ahí?». Miré por las habitaciones y lo encontré arriba, en mi dormitorio; estaba tosiendo, algo le ahogaba. Sin pensarlo dos veces, lo cogí en brazos, lo cargué con mucho esfuerzo en el coche y lo llevé al veterinario... ¡Daba pena verlo respirar así!

 Llamé desde el móvil a la clínica para advertirles de mi llegada. En cuanto aparqué, ya me estaban esperando. Enseguida el veterinario lo pasó a una sala. Una asistente me dijo que podía marcharme a casa porque tendrían para un buen rato. Justo cuando abría la puerta de casa, escuché que sonaba el teléfono. Por la urgencia de saber si le pasaba algo a Tom, descolgué el teléfono del salón, que era el que me pillaba más a mano.

—¿Dígame?

 —¿Señora Tielmes? ¿Es usted?

 —¡Sí, soy yo! —contesté. La voz, del otro lado, parecía nerviosa.

—¡Soy el veterinario! ¡Por favor, salga inmediatamente de su casa! ¿Me oye? —gritaba el doctor.

 —¿Por qué? ¿Qué ocurre?

 —¡Hágame caso y salga de casa! —me ordenó preocupado.

Ante la insistencia, decidí salir de la vivienda. En ese momento escuché a lo lejos varias sirenas de la policía... ¡No entendía nada!

Los policías me apartaron y entraron en casa. A los pocos minutos, los agentes salían con un negro esposado que sangraba de una mano. Los agentes lo encontraron escondido en mi armario, casi desmayado por la pérdida de sangre. Atónita, no me podía creer lo que estaba viendo. En ese momento sonó mi teléfono móvil.

 —Señora Tielmes, ¿está bien? —preguntó el veterinario.

—Sí, todo bien, acaba de llegar la policía.

—Sí, lo sé, la hemos avisado nosotros cuando descubrimos que lo que asfixiaba a su perro... ¡Eran dos dedos de un individuo de raza negra!

LA PANDILLA SANGRE

¡Por fin podía disfrutar Pedro de una noche libre! Su trabajo en el estudio de cartografía no le dejaba últimamente mucho tiempo libre, pero esa noche iba a ser diferente: había decidido darse un descanso y olvidarse de los planos y los proyectos aún pendientes. Conducía su vehículo junto a Inma, su sufrida novia, y una pareja amiga que se había apuntado a cenar a última hora. Pedro trabajaba y residía en Toledo, y un compañero de trabajo le había hablado de un restaurante en las afueras donde podían pasar una velada agradable a un precio moderado.

Pedro pensaba recompensar a Inma por estos últimos fines de semana sin salir.

 —¿Estás seguro de que es por aquí, Pedro? A Inma le daba la impresión de que habían pasado por el mismo paraje varias veces.

—Seguro, seguro..., la verdad es que no lo estoy; ya sabes que por estas carreteras secundarias me suelo perder siempre.

Pedro interrumpió la conversación para concentrarse en algo extraño que acontecía en la carretera. Le pareció ver, aproximándose a gran velocidad hacia ellos, un coche circulando con las luces apagadas. Cuando lo tuvo encima, le lanzó varias ráfagas de luz.

 —¡Despierta, tronco! ¡Qué vas sin luces! Automáticamente, aquel vehículo encendió los faros, dio media vuelta y se dispuso a perseguirlos.

Pedro percibió algo raro y comenzó a acelerar, pero todo esfuerzo resultaba infructuoso. Comprobó a través del espejo retrovisor cómo aquel vehículo maldito le perseguía causándole cada vez más desasosiego.

En una de las pocas rectas que existían en aquella deshabitada carretera, el coche perseguidor se colocó en paralelo con el suyo y le obligó a frenar. No tuvo más remedio que salirse de la carretera.

Quedaron detenidos junto a la cuneta.

Escucharon los frenazos del otro coche y pudieron contemplar aterrorizados cómo se les acercaban cuatro hombres de aspecto latino, con gorras de béisbol, armados con cadenas, barras de metal y navajas.

 La Guardia Civil no daba crédito, el escenario de los hechos no podía ser más sangriento: aquellos jóvenes habían sido asesinados brutalmente. Dentro del coche yacía una de las parejas, la otra, cien metros más adelante. Era un espectáculo dantesco.